

SALUD Y MEDIO AMBIENTE

Joaquín Araújo

Con nuestra salud puede afirmarse aquello de que: “por supuesto existen otros mundos, pero están en este”. Lo que traducido a lo que nos compete quiere, más o menos, corroborar que también existe una sola salud. Que cada día estamos aprendiendo a mejorar nuestra percepción con el no distinguir entre la salud del derredor y la de las personas. Que la correlación queda todavía más clara cuando se invierten los términos, es decir, que todo lo bueno para nuestra salud, redundando en beneficio de la estabilidad del entorno.

Se trata de reconocer que la vida es el hogar y los inquilinos al mismo tiempo. Por eso, cuando se alía uno con la racionalidad descubre que el aire y la respiración, en efecto, resultan indistinguibles. Conviene entender la salud como la desembocadura, el resultado, del proceso de incorporación a nuestro organismo de los elementos que permiten que el mismo permanezca vivo y vivaz. La vida siempre es confluencia, encuentros múltiples, reciprocidad... Todas las formas de separación son insanas y mortecinas. Por eso mismo, apenas quedan médicos que no incorporen las consecuencias de lo hasta aquí afirmado.

En el campo de lo concreto acerca de nuestra salud, nos acaparan los datos, referencias y diagnósticos que corroboran las preocupantes insalubridades que siguen padeciendo los humanos a pesar de los indiscutibles avances médicos. Pero acaso el más expresivo sea el que puso a nuestra disposición el informe, elaborado por el Worldwatch Institute en directa alusión a los datos de OMS. Allí leímos que tan solo la malaria, el sida, y los rebotes de la tuberculosis han contrarrestado la totalidad de los logros sanitarios del mundo desarrollado. Es decir que, a escala planetaria, no tenemos más sino menos salud.

Con todo son las nuevas enfermedades de claro origen ambiental las que nos resultan más alarmantes. Dioxinas en los alimentos, ozono agujereado, vacas locas, alergias, gripe aviar... Es más, afirman, quienes

acaso puedan hacerlo, que en el último lustro han aparecido 32 enfermedades por completo desconocidas anteriormente. Al parecer todas ellas relacionadas con los profundos cambios ambientales y con la aparición en el derredor de sustancias químicas completamente nuevas para la Biosfera. A sumar las que se abalanzarán, por el cambio climático, hacia otras zonas del planeta.

A la cabeza de las mismas aparecen las directamente relacionadas con las que antes le hemos causado nosotros al derredor. Contemplar al aire contaminado como la fuente de la incrementándose incidencia de las patologías pulmonares, no es más que ser consecuente y aceptar las evidencias. De nuevo es la OMS la que estima en tres millones los muertos a causa de la contaminación atmosférica. ¿De dónde provienen los 200.000 nuevos casos de melanoma detectados anualmente en los dos últimos lustros? Con casi toda seguridad de excesos en la exposición de la piel a la radiación ultravioleta.

El también arreciado impacto de otros procesos tumorales, aunque a menudo no se quiera relacionar, apenas nos plantea dudas sobre que su caldo de cultivo son, precisamente, la desbordada inclusión en nuestros alimentos, bebidas e inhalaciones de aire, de una cantidad excesiva de productos químicos, de síntesis casi siempre, que poco o nada tienen que ver con una alimentación correcta y sana.

El primer propósito del primer pensamiento ecológico, como nos recordó Joaquín Fernández en su libro “Historia del ecologismo español” comenzó por ser algo muy cercano a la medicina preventiva. Hoy, todo plan de salud, que abordara seriamente sus pretensiones, sería algo muy parecido a un programa ecologista.

No podía ser de otra forma ya que, como ha quedado de manifiesto, no hay contenido sin continente. No reconocerlo es esa otra enfermedad, ahora mental y acaso la más peligrosa, que suele ser denominada ignorancia. 